

EL BOSQUE Y EL MAR

No deja de sorprenderme la provincia Baetica, tierra afortunada, conocida por sus aceites, deliciosos vinos y por el codiciado garum. Muchas son sus riquezas aunque ninguna comparable con sus paisajes, con sus lugares cargados de belleza que provocan mi admiración y asombro.

Hace varias jornadas que abandone Gades el prospero puerto del atlántico y me encamino hacia Malaca por esta vía de la costa. Después de dejar atrás varias ciudades me encuentro aquí, en este lugar inhóspito, exuberante, alejado de cualquier lugar civilizado. Es agradable caminar por este lugar solitario, por este bosque colmado por arboles con extrañas cortezas.

A través de ellos se puede ver no muy lejos el luminoso mar de estas tierras. Bosque y mar parecen intimar en este maravilloso paisaje, parecen unirse en este lugar de arenas llegadas desde el mar, bosque y mar están aquí unidos en un abrazo de dunas arboladas y praderas arenosas llenas de multitud de flores.

En este lugar reina la armonía, la belleza se contempla en cualquier dirección, la vida esta siempre presente y la soledad y el silencio se sienten en lo mas profundo del bosque. Estoy seguro que en esta espesura habitan deidades como la diosa Diana, la cual protegerá este lugar de cualquier desgracia. Con su ayuda este lugar seguirá existiendo a lo largo de los siglos, seguirá siendo un lugar único y singular donde cualquier humano sucumbirá ante su encanto.

Los pasos de aquel viajero romano lo distanciaron cada vez más de aquel bosque tan sorprendente hasta finalmente llegar a su destino. Igual que el muchos otros que transitaron la vía de la costa en la antigua betica romana pudieron contemplar extraordinarios bosques que se sucedían a lo largo del trayecto entre Gades y Malaca. En el oriente de la ensenada de Marbella en la conocida zona de las Chapas se encontraba una de estas tupidas masas forestales.



Contemplar este bosque totalmente virgen habría sido algo maravilloso para nuestros sentidos, su densidad vegetal nos habría transmitido sensaciones que difícilmente podríamos experimentar en nuestro actual mundo civilizado, si hubiésemos podido estar allí habríamos quedado sorprendidos por la enorme cantidad de vida manifestandose a nuestro alrededor, por el silencio, por los sonidos que emergen de su interior oculto y sombrío, por la belleza de su naturaleza intacta y sobre todo por el misterio que desde tiempo inmemorial nos ha transmitido a los seres humanos estos lugares.

La densa frondosidad de este bosque se extendía desde la costa hasta las suaves lomas que ondulaban el paisaje varias leguas al interior. Los verdes de distintos tonos salpicaban un paisaje donde los alcornoques predominaban en gran numero sobre las demás especies arbóreas y donde los quejigos ocupaban los lugares mas umbríos. Madroños, Durillos y Mirtos crecían armoniosamente bajo la apretada cubierta arbórea, en un lugar que debió ser una selva impenetrable donde cualquier rayo de luz que atravesaba la arboleda era aprovechado y disputado por las distintas especies vegetales.

En aquel bosque también se escuchaba el sonido incesante de las olas que sin descanso rompían en la cercana playa y el olor a mar penetraba entre los árboles empujados por la brisa marina. Cerca de la costa el bosque dejaba de ser tan denso y las especies amantes de la arena como la Sabina marítima y gran cantidad de pequeñas plantas y arbustos se convertían en los protagonistas de un paisaje idílico. En aquella intrincada vegetación revoloteaban multitud de pequeños pajarillos que no paraban de moverse de un lado para otro y de emitir sus cantos melodiosos.

Aquel lugar virginal fue acusando gradualmente las consecuencias de la presencia humana dejando su huella en este fantástico lugar a través de las distintas civilizaciones. Diferentes avatares históricos han ido afectando a través del tiempo a este ecosistema que ha ido mermando y ha sido transformado progresivamente hasta nuestros días.



En la época musulmana este enorme alcornocal estaba bien conservado y al parecer eran abundantísimos los números de árboles que poblaban los alrededores de la antigua Alquería de los Alicates, la cual se encontraba en ese lugar.

La abundancia de bosques y arboledas fue una sustanciosa herencia que recibieron los nuevos ocupantes cristianos, las antiguas y extensas tierras de Marbella estaban jalonadas con numerosos bosques de alcornoque y quejigo, estos recursos no pasaron desapercibidos para los nuevos habitantes de estas tierras y en 1488 los Reyes Católicos dieron real orden para que la ciudad poseyera para el bien común todos los montes de llevar bellotas así como los pastos de la sierra. Al parecer estos "**montes de propios**" rondaban las diez mil fanegas de territorio y estaban pobladas por unos 250.000 árboles.

Fue muy importante que nuestra ciudad tuviese la titularidad de estos bosques comunales, incluido entre ellos el de **las chapas y los alicates**. Con sus beneficios los vecinos y la hacienda municipal obtuvieron importantes réditos que hicieron posible acometer numerosas obras esenciales para mejorar la vida de sus moradores.

La explotación de estos espacios forestales estaban basados en el aprovechamiento ganadero, la caza y la obtención de carbon vegetal además del corcho. Con la riqueza económica que generaban estos montes se pudieron construir diversas infraestructuras vitales para la ciudad como la traída de las aguas a Marbella desde el nacimiento de Puerto Rico en 1632, la ampliación del ayuntamiento en 1799 y la iglesia de la Encarnación en los siglos XVII y XIII.

Desafortunadamente esta riqueza forestal y económica comenzaría a estar cada vez mas amenazada por otros intereses que con el paso de los años acabaría mermando considerablemente estos bosques incluso algunos de ellos haciendolos desaparecer. Tanto es así que en la mitad del siglo XIX tan solo quedaban en buen estado los montes de propios de Bornoque (Istán), y los Alicates en la zona de las Chapas. Las causas de esta tremenda deforestación fueron varias y espaciadas en el tiempo. Por un lado la utilización por parte de la marina española de buena parte de los mejores bosques de nuestro país, hecho que se consolidó aún más con la Ley de Montes de 1748 con la cual se crearon departamentos y provincias marítimas a lo largo de las costas peninsulares y cuya finalidad era de abastecer de madera a la armada española para la construcción de navíos de guerra. Otra causa

importante que afecto a los bosques de Marbella fue la expansión de la agricultura, en especial el cultivo de la vid de gran importancia entre los siglos XVI al XIX, al parecer los viticultores en su afán de extender sus cultivos a veces sobornaban económicamente a los guardas de estos montes que apoyados además por la complicidad de las autoridades talaron gran cantidad de árboles.

Pero el más desgraciado y cruel episodio para estos bosques llegara con las leyes desamortizadoras de 1812 y 1862 que tendrán como consecuencia la privatización de muchos espacios forestales de nuestro país obligando a muchos ayuntamientos a desprenderse de ellos. Para la foresta de los bosques situados al noroeste de las antiguas tierras de Marbella estas leyes supondrán un golpe mortal puesto que caerán en manos de las ferrerías de la Concepción y el Angel. En consecuencia durante 30 años se producirá una enorme deforestación, arrasando un gran territorio en el cual desaparecieron por completo bosques de alcornoque, quejigos y pinos.

A pesar de todos estos avatares de destrucción el bosque de alcornoque de las Chapas se mantuvo en un estado aceptable hasta al menos la mitad del siglo XX sobre todo en los montes cercanos, posteriormente con la llegada del turismo fueron desapareciendo progresivamente valiosos espacios naturales sobre todo los arenales más cercanos a la costa debido a la construcción de zonas residenciales y hoteles.



En la actualidad el paisaje es muy distinto a como era hace siglos donde dominaba ese bosque impenetrable, las lomas suaves cercanas a la costa están ocupadas en su mayoría por el alcornocal el cual se encuentra en proceso de regeneración después del incendio que lo asoló hace varios años. Por otra parte las áreas cercanas a la costa están parcialmente urbanizadas y entre ese paisaje intercalado de casas y urbanizaciones predomina el pino piñonero beneficiado sin duda por las repoblaciones humanas. Pese a todo, el verde de la vegetación sigue predominando sobre el blanco de las casas residenciales y los hoteles de lujo, entre ellos

siguen quedando dispersos alcornoques y sabinas marítimas, restos de aquel bosque maravilloso que, aunque diezmado se niega a desaparecer.

Tal vez la diosa Diana, la cazadora y defensora de la naturaleza siga habitando este lugar maravilloso donde antaño el bosque se hermanaba con el mar, donde hubo un tiempo que abundaban los árboles de extrañas cortezas, quien sabe... es posible que ella consiga despertar las conciencias de los mortales haciéndolos comprender que es necesario para ellos conservar los bosques y la madre naturaleza.

Antonio Figueredo Navarrete

Miembro de la Sociedad Española de Ornitología. SEO

Secretario y socio cofundador de Marbella Activa.

<http://marbellaalnatural.blogspot.com>